REFORMA

Fecha	Sección	Página
20.02.2009	Primera	17

SHABOT

Cuando un Estado no es capaz de conciliar los intereses del dinero con un proyecto general de país, estamos ante una crisis de legitimidad profunda.

Dinero y poder

EZRA SHABOT

La acumulación de capital y la posibilidad de imponer medidas obligatorias a la sociedad en su conjunto, conforman una relación compleja entre estos dos elementos: el dinero y el poder. El espacio de la economía y el de la política si bien están separados por su objetivo específico, se encuentran estrechamente vinculados por la influencia que uno ejerce sobre otro. Mientras que el dinero se ubica principalmente en el terreno de lo privado, el poder se concibe como un instrumento público destinado a fijar normas obligatorias para todos y que permitan la coexistencia de intereses distintos y a veces opuestos dentro del marco del Estado.

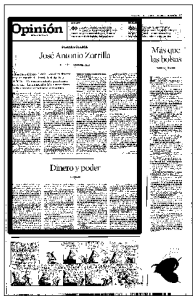
Pero suponer que los factores económicos son capaces de aceptar las limitaciones propias del mundo de lo privado por convicción propia es totalmente ilusorio. Es como si pensáramos que los políticos se restringen en el uso de su poder como parte de una responsabilidad aprendida. La democracia supone una serie de controles, de pesos y contrapesos para equilibrar el uso del poder y la viabilidad de los proyectos aprobados por la mayoría. Es por ello que cuando los hombres del dinero se ven a sí mismos como posibles depositarios del poder público entran en una situación irresoluble.

Es en este contexto y en medio de una crisis financiera y económica profunda, que las diferencias entre políticos y empresarios se manifiestan con mayor claridad. Y no es que se trate de un choque sin salidas, pero sí implica necesariamente visiones distintas de resolver el conflicto. Para el empresario, el problema se centra en la forma en que él o su sector enfrentan la crisis y sobreviven en ella. Para el hombre del poder político su objetivo radica en encontrar la fórmula para evitar que la sociedad en su conjunto se desplome en medio de un caos social producto de la falta de alternativas económicas.

Es por esto que la participación de Carlos Slim en la discusión sobre la forma de enfrentar la crisis terminó generando una polémica cuyo trasfondo es el papel de los hombres del dinero en la definición de las soluciones políticas a determinados problemas. La visión pesimista de Slim es producto no sólo de su particular forma de ver las cosas, sino de su interés manifiesto por defender lo que él considera fundamental para el desarrollo del país, y en donde se encuentran sus empresas e inversiones. Pero la definición de las políticas públicas por parte del gobierno tiene que incluir eso y algo más.

Si el objetivo del presidente Calderón es incentivar la libre competencia como mecanismo para transformar la economía nacional atada a un viejo modelo de monopolios y cuellos de botella, entonces la propuesta gubernamental tendrá que tomar en cuenta la posición de aquellos que hoy tienen posiciones de privilegio, y hacerla compatible con los otros participantes dispuestos a arriesgarse al entrar a un juego de competencia plena. En este contexto, el poder político está obligado a situarse por encima de los intereses particulares, resistiendo las legítimas presiones del poder económico, para establecer una realidad que si bien nunca termina por satisfacer a todos, permite la convivencia y el desarrollo de una sociedad abierta y competitiva.

Cuando los llamados "poderes fácticos" dominan, es decir cuando los hombres del dinero terminan por imponer su voluntad particular como proyecto político de Es-


Opinión

Dinero y poder

Continúa en siguiente hoja

tado, entonces nos encontramos ante un régimen en donde el más poderoso puede aplastar a los más débiles sin que exista limitación alguna para su dominio, y en el cual las posibilidades de desarrollo son nulas en el marco de una economía monopolizada y protegida por un Estado débil y generalmente corrupto. La escaramuza entre Slim y el gobierno no es más que la muestra de la falta de canales de comunicación efectivos y de voluntad de negociación entre los dueños del dinero y los detentadores del poder político.

Un Estado carente de una clase política fuerte, e incapaz de conciliar intereses contrapuestos, termina irremediablemente atado a los dueños del dinero, quienes no pueden instrumentar un proyecto de país integral por representar únicamente a un sector minoritario de la población. Pero de igual manera un Estado confrontado con el poder económico conduce al país a una crisis de confianza que le impide cumplir con sus objetivos de desarrollo conjunto. Este es el dilema de un régimen democrático como el mexicano, que no termina por delimitar los espacios en los que se mueven el dinero y el poder.